

INMENSAS NIMIEDADES DE MUJERES*

Mercedes Fernández-Martorell

A mis bisabuelas María y Romana.
Abuelas Adela Ramírez y Conchita López Villanueva.
Madre Carmen Martorell López.
Y a mi hija Carlota Frisón Fernández.

141

INMENSAS NIMIEDADES DE MUJERES

(Obra en tres escenas)

Personajes

(Por orden de intervención)

ADELAIDA. Mujer política. Quiere pasar a la historia. Amiga de Carmen.

CARMEN. Mujer política. Amiga de Adelaida.

CONSUELO. Mujer joven. Universitaria. Estudiosa de «La mujer en la España de 1930 a 1960».

ÍNDICE

Escena I. *Memoria insobornable y fotografías*

Escena II. *Una grabación difícil*

Escena III. *La construcción de futuros*

* Los personajes que se presentan responden a la ficción literaria.
Copyright 1998 nº 26.250

Ésta es una obra en tres escenas. Transcurre en Cataluña, en la ciudad de Barcelona. Consta de tres personajes: dos mujeres adultas, mayores, de unos ochenta años pero que se conservan muy vigorosas. El tercer personaje es una mujer joven, a lo sumo de treinta y cinco años, historiadora y que está haciendo su tesis doctoral.

El tema central se base en una discusión sobre cómo las mujeres pueden y deben pasar a la «historia oficial» y por qué. La historia que luego es recogida en los libros de texto y que se enseña en las escuelas.

En el escenario no aparecen elementos (mobiliario) realistas. El realismo lo aportan los personajes. Incluso el suelo del escenario puede ser indefinido. Es deseo explícito de la autora que las actrices hablen con «micro».

En el escenario hay sólo tres módulos extraños y livianos que se pueden mover fácilmente y que se utilizarán para sentarse, apoyar papeles o subirse a ellos.

El fondo cambiará de color según las escenas. En la *primera* imperará el color negro y los tonos grises. En la *segunda* los azules marinos y rojos. El colorido debe rememorar los colores que representaron el enfrentamiento entre la gente de este estado durante la guerra civil de (1936-1939). Y en la *tercera* escena dominarán los colores ocres y amarillos. Habrá una luz y una alegría que es manifestación de haber hallado, al menos para una de las protagonistas, un camino que le satisface para interpretar su papel en la historia.

Las dos mujeres protagonistas irán bien vestidas. La comunista más convencional: con falda, simple en el diseño y de calidad. La anarquista con pantalones, moderna, con prendas de vestir sueltas y muy atractivas. El colorido de la ropa de ambas será sobrio. Nada llamativas pero sí con estilo.

El tercer personaje, la historiadora, también bien vestida pero en conjunto patosa, sin estilo.

ESCENA I

Memoria insobornable, y fotografías

Durante esta escena sólo aparecen dos personajes. Adelaida –comunista– y Carmen –anarquista–. Hablan sobre cómo exponer públicamente el papel que han tenido en la historia de este país desde los años treinta hasta los sesenta. Época de su mayor actividad como mujeres políticas.

ADELAIDA: (*Está contemplando cómo Carmen, que es anarquista y amiga suya, selecciona fotos de ella cuando era joven y de su familia y se las muestra*)

Ya te traeré otro día mis fotos, las que tengo de cuando era joven. Ya verás.

CARMEN: (*mirando unas fotos que tiene entre las manos*)

Mira ésta ¿te gusta?. Estoy muy chula.

ADELAIDA: Oye Carmen (*cogiendo la foto que le entrega*) ¿por qué crees que tenemos derecho a pasar a la historia?

CARMEN: (*Continúa indiferente y tranquila mirando fotos*)

No lo sé... lo único que tengo claro es que nuestros compañeros están ahí, en los libros y se sienten identificados. Pero yo no, no me veo, no estamos. Nosotras hicimos mucho más, cosas que no aparecen.

ADELAIDA: Bueno, la verdad es que nosotras trabajamos antes y durante la guerra, sobre todo, apoyándoles a ellos. Los sustituimos en sus trabajos cuando tuvieron que irse al frente. Pero ellos fueron los que nos dieron las órdenes siempre.

CARMEN: (*Continúa tranquila mirando fotos y mientras habla se las muestra a Adelaida*)

Mira Adelaida, nací en un pueblecito, en éste... (le muestra una postal) está muy cerca de Bilbao. Oye, viví muchos años en aquella casa sin ventanas. Sólo con aquel ventanuco en el que mi madre se dejaba la vista cosiendo. Y dormíamos todos juntos, en la única habitación que había, mis padres y todos los hermanos. Seis en total.

ADELAIDA: Oye, no sé lo que quieres decir con esto, pero creo que ahora hablábamos de otra cosa. Hablábamos de nuestro lugar en la historia, como mujeres políticas. Yo actué como comunista y sigo siéndolo y tú lo mismo pero como anarquista.

CARMEN: (*Habla en tono pausado, sin ira. Muy serena*)

Bueno, bueno, lo que quieras. Pero lo que te estoy diciendo es que todas las mañanas –porque fui la hermana mayor– y durante toda mi infancia y hasta que me fui de casa, yo me levanté siempre mojada con los pipís de mis hermanos. Me levanté siempre con frío. Escurriendo mi ropa...

(*Se toca el extremo de la blusa o jersey y hace un gesto de lo que cuenta*)

y me daba asco.

Mi madre hacía hijos y luego me los pasaba a mí. A mi cama. Para que yo durmiera con ellos.

ADELAIDA: (*con firmeza pero sin ira*)

No seas pesada Carmen, todas tenemos lo nuestro y hemos pasado mucho. Pero ahora no es el tema. Tú, al fin y al cabo, fuiste un par de meses al frente. Pues habla de ello, di qué hiciste allí, cuenta qué pasó. Pero no hables de pipís.

Mercedes Fernández-Martorell

CARMEN: Tu ya estás como todo el mundo Adelaida. *(Pausa. Parece entretenida con sus fotos)*. Es verdad que tenemos que ponernos de acuerdo para dar argumentos a esa chica... Consuelo se llama ¿no?

ADELAIDA: Sí, sí Consuelo.

CARMEN: Bueno, quiere que le expliquemos lo que hicimos –como mujeres– en la España que teníamos antes del 36 y durante la guerra.

Tenemos que darle argumentos a la chica para que deje constancia de que también las mujeres estuvimos allí. Sobre todo nosotras... tan activas..., metidas en política hasta los dientes. ¡Y lo pagamos bien caro! ¿No es eso lo que queremos?

ADELAIDA: Sí, sí, claro, ése es el tema. Justamente. Bueno esta chica hace su tesis para doctorarse sobre nosotras, «*Las mujeres antes, durante y después de la guerra civil española del 36, de 1936*».

Leí ese título en su carpeta el día que me pidió entrevistarse con nosotras. Es lo único que vi tenía claro y completo, el título.

CARMEN: Oye, ¿y por qué crees que le interesa este tema?

ADELAIDA: No lo sé, no tengo ni idea..., bueno también es normal. Ella es mujer y debe querer como nosotras, existir. Pasar a la historia. En su caso como historiadora. ¡Es que esto es la rifa ¿no?! Nosotras trabajamos como nuestros hombres y luego ni mención.

CARMEN: Bueno pues por eso... Como te decía... que cuando llegaba mi padre a comer a casa –a aquella casa de las desgracias– después de trabajar tan duro en aquella maldita mina y por tan poco dinero, mi madre le llenaba a él el plato de comida.

Bueno es un decir, porque allí ni él comía bien.

Pero el caso es que los seis hijos mirábamos cómo comía. Nosotros, ni eso.

Mira, éramos tan pobres, que cuando había huevos, los hijos tomábamos un huevo dividido por cada tres hermanos. Pero eso sí, llegaba mi padre y ¡hala! uno entero. Y la madre le llenaba de comida el plato mientras nosotros contemplábamos la escena.

Muertitos de hambre... ¡Me daba una rabia que mi madre hiciera eso!

ADELAIDA: *(Habla pausada y contundentemente. Sin levantar la voz)*

Oye, no creas que eras la única. Mi padre no estaba en casa mas que para pegar y dar berridos. Era un vago... que mi madre estaba como estaba... enferma, y él siempre, permanentemente sentado.

CARMEN: *(Interrumpiendo a Adelaida. Con alegría y luz en los ojos)*
¡Tú, tú...! que yo no digo nada de mi padre. Que era un hombre maravilloso. Fue buenísimo conmigo. Él fue el que me enseñó...

ADELAIDA: *(Interrumpiéndola)*

Bueno, bueno, pero lo que yo te digo es que en aquella portería cochambrosa en la que nací, en el mismísimo centro de Barcelona –por la que cada vez que paso por delante se me remueven las tripas– y en la que estuve metida hasta que acabó la guerra, allí no se podía ni vivir. No se podía, casi, ni respirar.

Y además... aquella asquerosa mujer, la dueña... con su cochazo negro, con el chófer y mi pobre madre... enferma. Tan sumisa diciéndome calla hija, calla que no te oigan...

Mi hermano y yo le prometimos a la madre que algún día la llevaríamos en coche. En su propio coche... Pero murió sin que lo pudiéramos cumplir. Eso sí, fue mi padre... mi hermano lo llevó cuando se compró el coche.

CARMEN: *(Contenta)* ¡Ves, ves, como lo que es importante sale! Te interesa y te pones Brrrrruff *(como temblando)*, ¡viva, con vigor!

ADELAIDA: *(como retomando la realidad)*. Pero, ¡No digas tonterías! Éstas son cosas nuestras... de entonces y muy particulares. ¡No entiendes que no interesan a nadie mujer! No me dirás que son cosas para pasar a la historia.

CARMEN: *(pausada y tenaz)*

Bien, bien, como quieras. Pero yo creo que lo mejor es que me retire.

Cuéntale tú hoy y quedais otro día con las otras. Contadle a esa chica Consuelo, lo que os parezca bien. Yo me retiro, tú la recibes. Le das la información que te interesa. Y ya está.

(Recoge sus fotos y hace movimientos para salir de escena)

ADELAIDA: Pero bueno Carmen ¿qué te pasa?

CARMEN: Ya te lo he dicho. O mejor no te lo he dicho, pero es que me sale de aquí *(se señala el estómago)*.

ADELAIDA: Pero mujer... no vamos a hablar de hambre. Ya sabemos que todos luchamos en contra de la miseria. Nosotras y nuestros compañeros. Por los nuestros.

CARMEN: Oye, he señalado el estómago pero no sólo por el hambre. Mira, la verdad es que me faltan palabras. No sé como comunicártelo.

Para mí hablar de las mujeres de los partidos de entonces, y de las mujeres en el frente..., pues no, no, ya está todo dicho. Y me deja fría. Me quedo insatisfecha y como vacía.

ADELAIDA: Pero vamos a ver, Carmen. Entiende que lo importante es lo importante; y mi portería y tus huevos divididos en tres partes no son cosas como para pasar a la historia.

CARMEN: Sí claro, dicho así tienes razón pero... oye qué opinas ¿cuánta importancia tiene para ti que mi madre se enfadara como lo hacía?

Mira, mi padre siendo yo muy jovencita, ya me llevaba a las reuniones con sus compañeros, todos mineros. Discutían. Lo pasaba fantástico. Volvíamos tarde por la noche; y mi madre se enfadaba con él y sobre todo conmigo.

Me decía:

¡eso no son cosas de mujeres! ¿Qué pensarán en el pueblo de ti?

¿Eso es importante o no, Adelaida?

ADELAIDA: Bueno, pues mi padre no me llevó jamás a nada. Él sólo se ocupaba de lo suyo. Fue mi hermano quien me enseñó. Fue él quien me dijo siempre lo que tenía que hacer y cómo. Aunque él era socialista y yo me hice comunista.

Pero bueno... siento decírtelo Carmen... pero eso son cosas particulares, cada una con sus padres y las manías que ellos tenían.

CARMEN: Ya... bueno... *(Hace un gesto de desencanto)*

ADELAIDA: *(Cogiendo a Carmen por el hombro)*

Oye, oye, no quiero que te desanimas ni que renunciés. Precisamente la historiadora dijo que quería que tú estuvieras. Por eso quedamos aquí, en tu casa. Quería hablar contigo. Tú eras y eres anarquista y nosotras, las demás que vamos a darle información, somos todas comunistas.

CARMEN: ¡Déjame en paz, no vais a utilizarme! Estoy segura que vosotras vais a decir lo que os parece bien y ya está. Será suficiente. A mí me preocupan otras cosas...

ADELAIDA: Di, a ver, qué cosas te preocupan que yo no comparta.

CARMEN: Oye, tú has sido siempre mujer de partido y se ve que en él, pues has encontrado respuestas a todo. Pero yo no.

ADELAIDA: ¡Ya estamos con el anarquismo a cuestas!

CARMEN: Mira, déjame en paz. Hace muchos años, bueno desde siempre hay cosas que me interesan, que nos interesan *(deletreando y remarcando el «nos»)* —a la mayoría de mujeres de este país, que te recuerdo que aquí en Cataluña eran, sobre todo, anarquistas— y que por lo que se ve a vosotras, las comunistas y de partido, os tienen sin cuidado.

(Ahora habla con energía y severidad)

Por ejemplo. Quise muchísimo a mi madre. Era muy buena persona. Bien, pues nada de lo que ella representaba y pretendió enseñarme, yo lo aprendí. En nada le hice caso. Y ella sufrió mucho por mí. Y yo de verla que no entendía nada.

ADELAIDA: Perdona que te diga, pero es que dices unas cosas... ¿tú crees que mi madre entendió algo y me apoyaba frente a mi padre cuando yo regresaba tarde por las noches?

Nos reuníamos todos y yo con otras chicas, con las otras tres de mi célula.

Y mira, mi hermano llegaba igual de tarde que yo, o más, y a él nada, no le decía nada mi padre... y a mí ¡no te lo puedes ni imaginar! Me pegaba palizas, era horrible. Me cogía en la portería a oscuras, por los pelos...

Hasta que un día le dije a mi madre: «Si me pega otra vez no vuelvo a dormir, ni a vivir más en esta casa». Y ellos sabían que podía hacerlo. Entonces ya con los compañeros del partido lo hubiéramos arreglado.

CARMEN: Bueno, pues bien, cuéntale a tu historiadora lo de tu célula y vuestras reuniones y lo que planeabais, lo que os decían vuestros compañeros sobre lo que teníais que hacer.

Sobre todo *(con sorna)* no le digas nada acerca de ti. De vosotros, de tu familia. De lo que ha supuesto en tu vida ser mujer en tu querido partido.

ADELAIDA: ¿Qué quieres decir? ¿Es que no es nada mío el partido?

CARMEN: Sí, sí, claro mujer, eso es sobre todo lo único tuyo... al parecer *(sigue con sorna)*. El partido.

ADELAIDA: *(con cierta dejadez)*

No sé si vamos a lograr ponernos de acuerdo. Tú piensa que Consuelo casi, casi, ni ha conocido el fascismo. Menos sabrá de nuestras peleas de partido. Ella casi se ha criado en esto que llaman democracia. Debe saber bien poco de cómo vivíamos nosotras, precisamente en los libros no aparecemos y ahora, que tenemos la oportunidad, ya ves. Creo que deberíamos no desorientarla. Tendríamos que ser muy concretas.

CARMEN: Pues por eso, cuéntale tú tus azañas de partido y ya está. Sabrá lo bien que cumplisteis las órdenes de vuestros dirigentes, y la verdad, que dejamos todas el pellejo haciendo de comparsa de ellos.

ADELAIDA: Hablas como si te molestara reconocer que nosotras, sobre todo, nos limitamos a colaborar. A sustituirlos en sus puestos de trabajo.

Llegó la guerra y yo por ejemplo, sin ir más lejos, como hizo falta mano de obra en aquella fábrica y en aquel taller de tejidos y confección, para hacer uniformes para los nuestros... pues yo y otras mujeres los sustituimos.

Trabajamos horas y horas pensando que así podrían ir bien vestidos, abrigados...

CARMEN: Muy bien... ¿Y ya está? ¿Ésa fue tu gran hazaña? Pues vaya...

ADELAIDA: Qué quieres decir... que porque no fui al frente a luchar como tú ¿no tuve mérito en lo que hice?

CARMEN: ¡Ni hablar! No digo que no tuviéramos mérito. Sólo insinúo, creo que desde ese punto de vista, desde los partidos, nosotras ni ganamos ni perdimos la guerra. Fueron ellos, nuestros hombres los que planearon qué hacer. Cómo solucionar lo que a todos nos preocupaba. Ellos perdieron la guerra y nosotras sólo hicimos que colaborar.

Como comprenderás eso con una frase ya se resuelve.

Las mujeres, en España, antes y durante la guerra colaboraron con los hombres. ¡Valientemente!

Para eso no hace falta tanta historiadora.

(pausa y como si meditando se le encendiera una luz)

Pero... bueno,... mira... al final, tanto discutir contigo, me va a ir bien para aclararme las ideas... voy a poder decir con palabras lo que desde hace tanto tiempo que siento y pienso y no he sido nunca capaz de expresar.

ADELAIDA: *(con sorna)*

Vaya, qué bien, de algo servirá esta pérdida de tiempo. Porque en lugar de preparar la entrevista que tenemos que tener con Consuelo, que llegará de un momento a otro, sólo hacemos que discutir un poco *(ahora se ríe de Carmen)* de cosas nimias. Perdona... muy de anarquistas.

CARMEN: Como te puedes imaginar, a estas alturas, con mi edad, ya no puedes ofenderme.

ADELAIDA: Disculpa, disculpa era una broma antigua, de partido y de mal gusto.

CARMEN: Bueno ya sé lo que te gustaría que me limitara a contar a Consuelo mi experiencia en aquella «checa».

ADELAIDA: Bien..., es verdad. Creo recordar que estuviste muy poco tiempo en la cárcel, no como yo que estuve veinte años. pero eso sí me parece interesante.

CARMEN: Sí, sí pero en lo único que pondré interés es en una experiencia que tuve, que por cierto no sale en ninguna película ni en ningún libro y a mí me dejó, aún hoy, estupefacta.

ADELAIDA: A ver qué fue eso tan impactante. Yo sólo puedo decirte que después de vivir veinte años en la cárcel, el día que salí encontré que la calle, la vida en libertad, fuera de la cárcel, resultaba más opresora que allí, encarceladas.

Dentro, todas las mujeres del partido estábamos juntas. Leíamos, estudiábamos y seguimos luchando cada día, desde la cárcel... por nuestra causa.

CARMEN: Desde luego las comunistas no cejais. Habéis vivido como eternas guerrilleras Metidas en vuestras consignas... bueno, bueno... *(hace un gesto como diciendo, dejemos eso ahora)*.

Mira, mira qué experiencia tuve. Me metieron ¡Me metisteis!, los comunistas, en una checa. Estuve allí cinco días. Después ya pasé a la cárcel. ¡Menos mal!

Bueno al segundo día de estar en la checa metieron en el mismo cuarto a una prostituta. Llegó toda preciosa, con su falda, medias, tacones... y cómo yo ¡Hala, a pasar las horas! Sin comer, no teníamos lavabo a donde ir, sólo nos dieron agua. Nada más. Y así yo estuve cinco días.

ADELAIDA: Bueno, y qué.

CARMEN: Pues nada, que al cabo de un tiempo, varias horas, a la mujer le vino la regla.

ADELAIDA: Normal, cosa de mujeres.

CARMEN: Sí, sí, cosa de mujeres. Pero no sabes lo que hizo ella.

Cogió y se ve que para no mancharse se descalzó, se quitó las medias –no llevaba bragas– y se quitó la falda. Una vez en esta facha se metió la mano entre las piernas y fue chupándose la sangre. Relamiéndose el brazo y la mano.

(Hace el gesto. Saca la lengua y hace como si se relamiere el brazo y la mano y se la pone después en la entrepierna)

Y así estuvo casi dos días. Y te advierto que parecía tener mucha experiencia.

Porque mira, hacía algo así como que retenía la sangre, con las piernas juntas, y ella sabía muy bien, de repente se abría de piernas y sacaba como un coágulo y se lo comía, relamiéndose.

ADELAIDA: Hija, ¡qué experiencia! Eso no es normal. ¡Qué asco!

Bueno, cuenta a Consuelo lo que quieras. Pero eso no es normal. Poco tiene que ver, o nada, con las mujeres políticas y nuestra participación en la historia.

CARMEN: Pero bueno Adelaida ¿Me quieres contar, como mujer, qué hiciste de especial?

ADELAIDA: ¡Qué pesada eres!

CARMEN: Te lo voy a decir yo.

ADELAIDA: Vaya, ya era hora. A ver si por fin podemos ponernos de acuerdo.

CARMEN: Mira, no sé si voy a saberme explicar y ni si vas a querer entender lo que te voy a decir.

Esa chica, Consuelo ¿por qué cree que puede, tan tranquilamente, estar compitiendo por un puesto de trabajo de hombre? Como profesora de universidad ¿no? Doctorarse y además estar casada y creo que es madre.

ADELAIDA: Sí, sí, vive con un compañero o está casada, tiene un hijo y en efecto se doctora para poder llegar a obtener un puesto de profesora.

CARMEN: Igualito que nosotras, que nuestras madres.

ADELAIDA: Qué quieres decir. Yo fui afortunada... y tú. Mi abuela y mi madre, ellas sí. Ellas no sabían escribir. A lo sumo leer. Y bien mal.

CARMEN: Pues por eso. Mi madre ni leer siquiera. Y yo fui a una escuela en la que viví feliz. Aprendí cosas... no sólo a leer, escribir y las cuatro reglas... sino a respetar las plantas... era una escuela muy libre.

ADELAIDA: Ya... y yo fui a la escuela que había precisamente en la escalera de la portería donde vivía. Porque la profesora se empeñó e insistió que acudiera.

Allí aprendí de todo. De todo... y era muy buena estudiante. Mira, lo único que no me entraba era la historia (*se sonríe*)...

Se ve que como yo iba a hacer historia, la de los libros no me entraba. No quise saberla.

CARMEN: Esas éramos nosotras, durante la República. Bien distintas a nuestras madres y abuelas. ¡Y vaya abismo entre nosotras y Consuelo!

ADELAIDA: Bueno, por fin parece que en algo nos ponemos de acuerdo para presentarnos...

CARMEN: Oye, llevo horas diciéndote lo mismo. Lo que para nosotras, como mujeres, representó el salir de casa. Estudiar. Tener opinión. Y no hacer lo que nuestras madres. Seguir con las costumbres y la tradición de la Iglesia católica. Con aquellos estúpidos criterios.

Mi madre no dejaba entrar en casa al cura del pueblo, pero era la mejor representante de las costumbres que él proclamaba.

ADELAIDA: Vaya... me quitas un peso de encima. Ahora sí te entiendo. Veo que podremos estar de acuerdo ante esa chica, Consuelo.

CARMEN: Bien, bien, no sé cómo he logrado llegar a ti... enferma comunista (*Lo dice sonriendo y dándole a Adelaida un suave golpe de complicidad*) pero bueno... hablando se entiende la gente.

(Breve pausa)

Esperemos que ahora... con la historiadora nos surja complicidad de mujeres... (*De nuevo ríe*)... y... no enfrentamientos de viejas y caducas... de partidos... anti... guos... como el... tuuuuuyo...

(*Se ríe, se las oye sonreír a las dos, compadrecerse*)

[Suena el timbre de la puerta. Se apagan las luces. Cambia el escenario de colorido].

ESCENA II

Una grabación difícil

Están Adelaida y Carmen y llega Consuelo, la historiadora. La chica lleva colgando un bolso con papeles enrollados y una casete pequeña con un par de cintas. Se apoya y saca sus cosas y las coloca sobre uno de los módulos. En el otro están las fotos de Carmen. Adelaida se sienta en el tercero y Consuelo, con sus cosas ya en las manos y el bolso en el suelo, también se sienta. Carmen permanece de pie.

CARMEN: ¿Va a grabar todo lo que digamos?

(*Señalando la grabadora que Consuelo trajina. Lo dice sin entusiasmo ni interés*)

CONSUELO: No, no, sólo lo importante, lo que realmente me parezca que puedo aprovechar para el trabajo. Lo mejor es que primero hablemos tranquilamente y ya luego les hago la entrevista que llevo preparada.

CARMEN: Si no te importa prefiero que nos tutees.
(Mira a Adelaida)

ADELAIDA: Si, chica sí, que nosotras... estás con mujeres que han luchado mucho por cortar con formalismos.

CONSUELO: (*Muy concentrada en sus objetivos y sin filigranas*)

Estupendo. Bien, primero de todo quiero deciros que el objetivo del trabajo es contribuir a que las mujeres pasemos a la historia. Pretendo reivindicar el papel y la ayuda que las mujeres de izquierdas, sobre todo, proporcionaron a sus compañeros en el intento por alcanzar sus ideales.

Bueno comencemos... decidme cada una dónde nacisteis.

ADELAIDA: Yo aquí, en Barcelona, soy catalana.

CARMEN: Pues yo en el Norte, en un pueblito minero bastante cerca de Bilbao.

CONSUELO: Pues hablas bien el catalán. ¿Cuántos años llevas aquí?

CARMEN: Vine con mi familia, cuando tenía dieciocho años en el 36, justo antes de la guerra. Al principio no, pero luego enseguida lo aprendí, al cabo de unos años.

CONSUELO: Os voy a decir primero lo que busco, lo que me interesa y creo que vosotras..., y no los papeles, podéis aportarme. Este trabajo es importante para mí, porque es mi tesis y también para vosotras, porque puede ayudaros..., bueno ayudarnos a que las mujeres pasemos a la historia.

Bien... lo primero que quiero que me digáis es el partido político en el que cada una estuvo y sobre todo por qué en ése y no en otro.

Y que me contéis exactamente qué hicisteis, políticamente hablando claro.

(*Sonríe. Pone en marcha la casete, con energía*)

Empieza tú Adelaida (*Consuelo manifiesta con ésta cierta complicidad. Se conocieron hace unos días*).

ADELAIDA: Bueno yo me metí en el partido comunista y hasta hoy. ¿Por qué? Pues (*habla con entusiasmo*) porque cuando íbamos a una manifestación, yo entonces tenía dieciséis o diecisiete años, los más numerosos eran los comunis-

tas. Donde había por ejemplo diez socialistas había cuarenta comunistas. Eran los que más trabajaban. Y yo lo que quería era luchar por la vida, hacer cosas por mi vida.

(*se hace un breve silencio, habla Carmen y Consuelo pone la casete en el suelo, entre Adelaida y Carmen*)

CARMEN: (*Habla sin ánimo pero con firmeza*)

Me hice anarquista. Amaba la libertad y amé libremente como buena anarquista a mis compañeros y compañeras.

Me fui de casa para vivir en un local bar de un compañero, aquí en Sant Andreu. Vivimos meses allí metidos. Todos juntos. Durmiendo en colchones en el suelo y comiendo lo que la gente nos daba. El primero que nos traía comida era el dueño del bar. Durante aquellos meses vivimos nuestra utopía.

Hacíamos propaganda y organizamos como pudimos la resistencia.

Luego me cogieron y me metieron en una checa ¿sabes tú lo de las checas de los comunistas? (*Consuelo hace un gesto afirmativo*) y de allí una semana a la cárcel y luego ya me fui dos meses al frente. Después tuve que huir a Francia.

Regresé finalizada la guerra, viuda, con mi primer hijo y embarazada del segundo de un compañero que huyó a México. Yo no quise irme con él. No le quería lo suficiente.

Al cabo de un tiempo me casé con otro compañero también anarquista con el que he vivido hasta que murió.

Yo seguí hasta hoy en política, interesándome por todo. Mi marido se enfadaba mucho conmigo porque salía de casa para reunirme con los míos y se imaginaba yo que sé que... Decía además que le desatendía a él y a mis hijos... no era verdad. He vivido un auténtico infierno con él... Creo que estaba enfermo.

Mis dos hijos son personas honradas y trabajadoras. Han sabido mucho de política pero no se han metido en ella.

ADELAIDA: (*habla a renglón seguido, cogiendo la reflexión de Carmen sobre su marido*)

Oye, hubieras hecho como yo, no casarte. Mi abuela me enseñó que no hiciera el contrato de la burra: casarte y aguantar. Porque el marido lo que necesita es esclava, fregona y poner el culo...

(*Consuelo las interrumpe, con cierta delicadeza pero muy decidida*)

CONSUELO: Bien, bien... perdonad... está muy bien lo que contáis pero ahora ya nos vamos del tema. He quedado con mi director de tesis el profesor *Mateu* que nos centraríamos en lo importante. Las cuestiones políticas.

(*Sonriendo y queriendo compincharse con ellas*)

Ya me dijo él: «no te líes con cosas de mujeres. Sé concisa y límitate a la política. Nada de asuntos domésticos que las mujeres siempre acabáis igual». ¿A ver si resulta que al final ellos tienen razón?

(Sonríe buscando apoyo en Carmen y luego en Adelaida)

CARMEN: *(Sonríe y continúa)*. Bueno no tengo más que contarte. Excepto que de la cárcel me sacó un político, un amigo de un tío mío que tenía un puesto importante. Salí enseguida.

Nada más. Ya te lo he dicho todo.

Los anarquistas nos caracterizamos porque no queremos organizarnos jerárquicamente, ni nos gustan las consignas desde arriba, no hacemos como los comunistas... Fin... Ya está...

(Lo dice con decisión y poniendo media sonrisa)

Las izquierdas perdimos, ya lo debes saber.

ADELAIDA: Te quería decir que... yo primero empecé a pensar socialista por un sobrino de mi abuela y ya luego me pasé, por lo que te he dicho, al comunismo.

Mira había una mujer en mi barrio que era inglesa y sufragista y me gustaba mucho. Sólo la veía por la calle pero ella me inspiraba, me daba fuerzas, me dio mucho ánimo.

CONSUELO: Ya, ya,... bien... vamos a ver... ¿Qué os parece si os enseño el índice que he hecho para trabajar?, mirad.

(les enseña un papel escrito)

CARMEN: *(Sostiene el papel y Adelaida lo mira sin tocarlo)*

Me recuerda al de muchos otros libros que he leído de historia... sobre aquella época ¿no te parece Adelaida?

CONSUELO: *(Como si tuviera que disculparse por alusiones)*

No... mira... lo realmente original es que precisamente las mujeres aparecemos.

CARMEN: Ya, y ¿cómo?

CONSUELO: Pues Adelaida, por ejemplo, dice que fue comunista. Y no lo ha dicho pero supongo que con carnet.

ADELAIDA: Sí, claro que sí chica, aquí no lo tengo pero ya te lo enseñaré otro día. Cuando vengas a mi casa.

CONSUELO: Pues ves, éste es un dato muy concreto, que cuantificado y teniendo datos suficientes se puede ver el papel tan importante que desempeñasteis. Lo mucho que habéis hecho por la causa de las izquierdas de este país ¿no?

ADELAIDA: Sí mujer,... sí, sí...

CONSUELO: *(Sin dejar seguir a Adelaida)*

Normalmente el lugar de las mujeres sólo se menciona. Yo pretendo subrayarlo, destacarlo. El compromiso en los partidos, las cárceles llenas de mujeres que sólo habían hecho que colaborar... y luego muchas huidas del país.

Todo esto ha determinado vuestras vidas, las de vuestras familias, a mucha gente. Pero... la verdad sobre todo lo que más me interesa valorar es: ¿Qué hicisteis con «vuestra política»? Después de la guerra: ¿militasteis o no? ¿A quién votasteis con la democracia?

¡Ahí está la mujer en la historia, en la política! *(Habla muy entusiasmada)* ¿Con quién se alían, a quién apoyan con su voto las mujeres? ¿Son muchos los votos de las mujeres! Influidimos mucho en la política de este país. ¡Lo quieran o no!

(Mira entusiasmada a su alrededor)

CARMEN: Ya... *(se sienta en el módulo que está libre)* *(se dirige a Adelaida)*

Adelaida ¿Cuántos novios tuviste para casarte?

ADELAIDA: *(Se ríe bajito pero se le oye)*

¿Por qué me preguntas esto?...

(Duda en contestar. Mira a Consuelo. Y con cierta diligencia dice:)

Mira te voy a contestar muy rápidamente. Nunca ninguno. Porque nunca pensé en casarme. Bueno, quizá una vez que salí con uno y podría hablarse de novio. Esto fue cuando tenía dieciocho años.

CARMEN: ¿Y qué pasó con él?

ADELAIDA: Pues nada, lo dejamos. Conviví un tiempo con él. Me quedé embarazada. Tuve que abortar por que no entraba en mis planes, en mi vida de entonces el tener un hijo. Y ya está.

CARMEN: Siento ser indiscreta... pero sé sincera.

ADELAIDA: Si puedo yo siempre lo soy.

CARMEN: ¿Cuántos abortos has hecho en tu vida?

ADELAIDA: *(se calla, la mira, baja la cabeza y habla algo dubitativa)*

No me gusta esta pregunta. No porque me arrepienta de los abortos, sino por otra cosa.

CARMEN: Consuelo dice que quiere saber de nosotras ¿no? Datos concretos.

CONSUELO: Sí, sí claro, pero ya sabes que estos son temas que no pertenecen a la política, no tenemos por qué entrar en ellos. Hablar de novios y abortos es cosa muy privada. ¿No os parece?

ADELAIDA: *(algo distraída)*

No creo haber contado esto nunca a nadie.

CONSUELO: Pues por eso. A mí realmente no me parece... relevante.

ADELAIDA: *(Se pone ávida, con rapidez y como para acabar rápido)*

Le contesto a Carmen rápido lo que quiere saber. Mira, cuando acabó la guerra, me persiguieron para meterme en la cárcel. Por chiripa logré huir. Toda mi familia había muerto. No tenía con quién estar. Un compañero de partido y su mujer me llevaron con ellos a Valencia. Me dieron trabajo como enfermera en su hospital.

Entonces sí que aborté. Tantas veces... cogí tal práctica... que me ponía en el extremo de una silla y con una cucharilla que utilizábamos en los quirófanos me raspaba, yo misma, y me hacía abortar.

(Consuelo está cabizbaja e indiferente. Carmen mira a Adelaida a los ojos)

Pero no era por mi placer ni por mi voluntad. No me gustaba nada todo aquello. Fue terrible.

(Con rabia y gesto alicaído)

Pero es que aquel compañero, aún con su mujer al lado, en su casa, en el trabajo, por todas partes, me cogía en todas las esquinas y a cualquier hora.

Me obligaba casi cada día. Me sentía... estaba indefensa. Con miedo siempre de ser delatada. Nadie sabía que estaba allí.

CARMEN: *(La sigue mirando profundamente, le coge del brazo y le sonríe)*

ADELAIDA: ¿Qué miras? No querías saber, pues ya sabes *(Sonríe compinchada)*. Nunca lo había contado. Fue muy difícil... sabes... Acabé yéndome de allí y liadísima... trabajando en la calle de comadrona. Aprendí cosas en aquel hospital.

CONSUELO: Vaya... creo que estos asuntos son... ajenos a mi trabajo. Intimidaciones en las que no quiero entrar. ¿Qué os parece si quedamos para mañana a la misma hora? Aquí.

ADELAIDA: Lo siento Consuelo, sigamos... pero es que Carmen me ha hecho una pregunta... ¡que se las trae! y claro...

CONSUELO: No, no importa. Además es muy tarde ya.

CARMEN: Por mí mañana, me va bien.

ADELAIDA: Sí, desde luego a mí también.

CONSUELO: Bien, pues hasta mañana pero... ¡No os olvidéis del enfoque histórico del asunto! Con tanto sexo e historias... ¡acordaos de mi tesis!

(Se despide alegre y mandando a ambas un beso al aire. Se apagan las luces. Fin de la escena)

ESCENA III

La construcción de futuros

Ha cambiado el fondo del escenario, ahora es anaranjado, amarillo, ocre. Siguen los tres módulos en escena. Ésta se inicia con Carmen que recibe a Consuelo.

CONSUELO: *(Dirigiéndose a Carmen)*

Oye, parece que hayas hecho algo en la casa. Tiene más luz. Más alegre.

CARMEN: No me extraña. Esta casa es como mi segunda piel. Y hoy estoy contenta. Ella lo nota. *(Sonríe)*

(Se oye el timbre y se dirige a recibir a Adelaida mientras Consuelo se quita el abrigo y se sienta)

CARMEN: Hola Adelaida.

(Se saludan sin darse un beso. Se tocan el brazo)

CONSUELO: *(Haciéndose la amistosa)*

Hola... ¿cómo va?

ADELAIDA: *(Mientras, se va sentando sin acercarse a Consuelo. Muy dinámica, energética)*

Pues bien, muy bien, gracias. Y tú ¿Cómo estás?

(Mirando y dirigiéndose a Carmen, despacio)

¿Le has contado a Consuelo...

CARMEN: No, qué va, no le he dicho nada. Si acaba de llegar. Entrabas tú por la puerta y aún no la había cerrado.

ADELAIDA: (*Muy diligente y animosa*)

Pues mira, ayer nos liamos mucho. Discutimos. Nos peleamos con los temas de Carmen... ya sabes, se empeñó y... oye, es difícil que adivines adónde nos llevó la discusión: ¡a hablar sobre el futuro!

(*Se ríe, mira a Carmen -que no la mira-*)

CONSUELO: ¿Qué quiere decir el futuro? ¿Qué futuro?

ADELAIDA: Pues, por ejemplo, el tuyo.

CONSUELO: (*Extrañada y dirigiéndose a Carmen*)

¿Sobre mi futuro? ¿Cuál, el profesional?

CARMEN: Es que mira... Adelaida está contigo... empeñada como tú en que la relevancia de la mujer está en su participación en la política; y en tener en la historia el mismo papel y tratamiento que el hombre.

CONSUELO: (*Dirigiéndose a Adelaida*)

Me alegra saberlo, al menos podremos comenzar a trabajar, a entendernos. No pasará lo de ayer que nos íbamos del tema.

CARMEN: Ya... bueno... pero mira yo no estoy convencida. Y siento inmiscuirme en tu vida pero es importante para mí saber qué edad tienes.

CONSUELO: ¿Yo?... veintinueve, bueno cumplo enseguida treinta.

ADELAIDA: Ya te lo dije yo.

CARMEN: Pues mira charlando ayer sobre nuestra conversación y tu propuesta, algo importante me quedó claro: las tres tenemos el mismo objetivo. Lo que queremos todas es que la mujer conste, exista en la historia. ¿No es eso?

CONSUELO: Sí, sí, por supuesto.

CARMEN: Porque las mujeres estamos ahí, igualito que los hombres... pero mira lo importante para mí, es que tú has venido a entrevistarnos por ser mujeres activas políticamente ¿no?

CONSUELO: Sí, claro, por eso, por supuesto.

ADELAIDA: (*Dirigiéndose a Consuelo*)

Pues yo le decía como tú, que eso es lo relevante, el esfuerzo que hicimos colaborando en la guerra, entregando nuestra vida en los partidos... trabajando.

CARMEN: Y yo no digo que eso no haya sido importante. Pero mirad... en primer lugar entonces éramos jóvenes y casi ninguna de nosotras pensaba en cosas como lo del feminismo...

ADELAIDA: (*Interrumpiendo a Carmen*)

¡Sí es que entonces no se hablaba de eso! (*Abora se dirige a Consuelo*). A lo sumo de cosas como la que te conté de la mujer de mi barrio que era sufragista. Bueno... es cierto que había lo de las *mujeres libres*.

CARMEN: (*Dirigiéndose a Adelaida*) Sí, sí, que yo luego he pensado que debería haberme hecho de ellas. Eran fantásticas.

(*Abora se dirige a Consuelo*). Pero bueno, lo cierto es que luchamos por el hambre y el mal vivir de todos... pero luchamos, sobre todo, como mujeres y por nuestra libertad de mujeres!

ADELAIDA: Sí... claro. (*Dirigiéndose a Consuelo*) Pues se empeña en que lo importante de lo nuestro, de lo que hicimos las mujeres y lo que realmente ha influido en este país son cosas como (*mira a Carmen que la interrumpe*) que...

CARMEN: Como el sexo por ejemplo. Las mujeres vivíamos ignorantes y la mayoría con los puritanismos de nuestras madres metidos en la cabeza. Pero eso no era lo peor sino que ellas, nuestras madres, vivían prisioneras de sus hombres... sumisas; y todas representantes de las «buenas costumbres» -que decían entonces-.

CONSUELO: (*Habla muy profesional*)

No olvidemos que entonces la Iglesia católica dominaba el sistema de vida.

CARMEN: Pues claro, eso digo. Las mujeres vivían arrastradas por la miseria de sus vidas y el temor a todo, hasta de sus hombres. Por culpa de los curas. Igualito que tú ¿no Consuelo?

CONSUELO: Oye ¿Qué quieres decir? me estoy liando. Me estoy perdiendo y no entiendo nada.

Mercedes Fernández-Martorell

CARMEN: Pues nada, que ahora tú te encuentras hoy, en este presente, que es justo el futuro que nosotras proyectamos. Las libertades que tú hoy, como si nada, disfrutas, pues son justo por las que nosotras luchamos.

Tú vives hoy con nuestro futuro, con el que aspirábamos y por el que luchamos para las mujeres.

¿Y esto es importante o no?

ADELAIDA: Es que oye... eso no tiene nada que ver... ¡Qué importancia le das chica a cosas como el sexo! No es comparable... Para mi madre sí que era dramático se abría de piernas –decía– por sometimiento a mi padre. Pero para nosotras no. Somos y hemos sido independientes y hemos hecho lo que hemos querido.

CARMEN: Pues eso... todas coincidimos en que no queríamos estar supeditadas como nuestras pobres madres. Y además sin salida, entre miseria.

ADELAIDA: Pero mira, yo no he encontrado en mi puñetera vida a un hombre que quisiera estar con una mujer como yo. Tan independiente y libre.

CONSUELO: Pero bueno... todo esto tiene una importancia relativa. Son opciones personales...

CARMEN: Lo que tiene de malo... eres tú por ejemplo... y Adelaida, que queréis que las mujeres pasemos a la historia como muy importantonas... yendo a la guerra y organizando la resistencia... con carnets de partido...

ADELAIDA: (*Habla con indignación*). Y tú qué quieres... ¡desprestigiarnos! que el esfuerzo que hicimos no nos sea reconocido.

CARMEN: La diferencia está en que a mí no me costó ningún esfuerzo estar al lado y apoyar a los más pobres, yo lo era.

En cambio me costó, me ha costado muchas horas de pena grande recordar las palabras de mi madre. Su sufrimiento por su hija, por mí... yo la adoraba.

Y además... ella tenía sus razones. La vida me enseña, ahora mismito, que aquel esfuerzo no cuenta, no parece importante.

Tú misma (*se dirige a Consuelo*) y tú Adelaida, es como si las mujeres sólo fuéramos comparsas de los hombres. ¡Y no les hemos dado poca guerra a los pobres!

CONSUELO: (*habla con rigidez y dogmatismo de estudiosa*)

Creo... creo que te entiendo, pero pienso que estamos hablando a niveles distintos.

CARMEN: ¿A niveles distintos de qué?

(*Habla con vigor, sin ñoñería*)

Muy bien, pues te regalo el peso de las palabras que le dije a mi madre... después de muchos días de llegar tarde a casa, trabajando políticamente... ella se enfadó y le dije:

«Mira, madre, bago lo que quiero, la diferencia está en que la familia, a uno, le toca y a los amigos los eliges».

Le cayeron las lágrimas y me miró sin comprenderme. ¡Aún me duele la boca cuando lo pienso!

CONSUELO: ¿Qué quieres decir?... ¿Tú crees que hoy no existe conflicto entre generaciones de mujeres, madres e hijas?

CARMEN: ¡Me alegra oírte!... porque era sobre ese futuro sobre el que ayer discutimos Adelaida y yo. Ahora te toca a tí proyectarlo, pensarlo y sobre todo luchar por él, como nosotras; que luchamos mucho ¡y muy conscientes que éramos!

Oye... ¿No crees que se puede hablar de historia desde esa lucha generacional entre mujeres?

ADELAIDA: De todas formas todo esto es salirse de lo que nos ha reunido aquí ¿No te parece, Consuelo?

CONSUELO: Claro, claro, es que a mí estas cuestiones de mujeres me parecen batallitas personales, perdona que te diga (*Dirigiéndose a Carmen*).

CARMEN: Ya... Así que el esfuerzo que significó para mí ver a mis padres tan desorientados conmigo... y las horas que pasé convenciendo a mi marido y a los de mis compañeras... pues nada ¡eso son batallitas!

Yo os aseguro que la mayoría de mujeres de este país se enfrentaron a su lugar en la sociedad. A su lugar como mujeres. Por supuesto que también como desposeídas. Y tú Adelaida lo reconozcas o no ¡lo mismo!... ¡igualito que todas!

ADELAIDA: Sí, sí... pero una pregunta Carmen: ¿Nosotros perdimos la guerra por la que luchamos, o no?

CARMEN: (*interrumpiéndola*). Utilizas bien el género «Nosotros».

ADELAIDA: ¿Qué quieres decir?

CARMEN: Digo que «nosotros», en genérico, sí. Sí perdimos la guerra.

Pero si veo lo que sucedía entonces y cómo están las mujeres de este país hoy, la respuesta no es tan clara. ¡Y sólo gracias a nosotras! (*Remarca el femenino*)

ADELAIDA: Desde luego ino puedo creer lo que oigo! ¿Eres capaz...

CARMEN: Sí, soy capaz de plantear que existen matices. Incluso en este tema. Y te insisto: lo que hacen las mujeres de hoy, cómo viven, y lo que esperan de sus hombres... es en gran parte gracias a nosotras. A lo mucho que rompimos.

CONSUELO: Bueno, bueno, pero... ¿Es que se puede equiparar lo que dices frente a los miles de muertos durante la guerra? Cárceles, represión, dictadura... mira Carmen no te entiendo.

CARMEN: No sé, tú sabrás lo que se hace con esta realidad de muchísimas mujeres y la historia «oficial» de este país. Nosotras apoyamos la guerra por impotencia, no porque nos pareciera bien matar a nadie.

ADELAIDA: Desde luego con las anarquistas... sois lo más tirado, no se puede hacer nada, proyectar nada.

CARMEN: Siento esta conversación... lo mejor es olvidar lo dicho y... ponerlos de acuerdo, yo no os molesto más.

CONSUELO: *(Se pone de pie, coge del brazo a Adelaida y con suavidad dice)*
Bueno Adelaida, vámonos a tu casa y enséñame aquellos documentos de los que me hablaste el otro día. Las sentencias de los tribunales... tus carnets...

ADELAIDA: *(Muy contenta y sintiéndose protagonista la mira)*
Ah, bueno, sí, sí, encantada, aunque no he tenido tiempo esta mañana... de arreglar la casa.

CARMEN: *(Algo apesadumbrada pero con vigor)*
Vaya... las grandezas de las pequeñas mujeres como yo no interesan... ni siquiera a las demás mujeres.

CONSUELO: Sí, Carmen, sí interesan, pero son otra cosa, es distinto el trabajo que ahora hacemos, ahora estamos hablando de la historia de España.

CARMEN: *(Mientras, se van poniendo sus chaquetas Consuelo y Adelaida, Carmen habla y pone orden en su casa, indiferente)*

Ya, ya..., me costó romper con lo más entrañable e íntimo de mi casa. Con lo que esperaban padre y madre de mí...

Entonces fui útil pero ese esfuerzo no fue reconocido y hoy ya es antiguo, no tiene el peso de la historia.

ADELAIDA: Sí, claro mujer, eso todas...

CARMEN: Menos mal que entonces fui útil políticamente hablando. ¡Cuánto les interesamos a los hombres!

Entonces, bien jovencitas, sí que valíamos para todo. Y oye *(Dirigiéndose a Adelaida)* nosotras encantadas, no queríamos otra cosa.

CONSUELO: Pues eso, eso es lo importante.

CARMEN: Claro, pero el esfuerzo que como mujeres hicimos no tiene peso ni lugar alguno en la historia. Eso me provoca extrañeza en la piel.

(Se queda mirando a Consuelo y ésta hace como que huye, se escurre de su mirada. Recoge la casete)

[Se acaba la obra con las tres actrices en escena. Como recogiendo las cosas y cada una siendo isla, divididas entre sí].

FIN

Barcelona, noviembre 1997.